

A E
& I

La cáscara amarga

Autores Españoles e Iberoamericanos

Propiedad de Editorial Planeta

Jesús Ruiz Mantilla



La cáscara amarga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jesús Ruiz Mantilla, 2013
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2013

Depósito legal: B. 23.170-2013

ISBN 978-84-08-11992-0

Composición: Ormograf, S. A.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*A Emilia Fuentes Ruiz,
que me regaló su vida
para contarla.*

Propiedad de Editorial Planet

UNO
—
EMILIA

Fue un golpe duro, seco, limpio. Ni siquiera sabe muy bien qué hacía en la cocina cuando cayó de bruces sobre el mármol del suelo, sobre el piso templado y reluciente. Puede que anduviera pasando la última bayeta para dejarlo todo impoluto, puede que acabara de cerrar el grifo del agua o un armario, o que repasara la cafetera, o que hubiera abierto la nevera para meter los restos de comida y, al dar la vuelta, desplomarse, con los ojos cerrados, después de un mareo que le vino tras ese dolor intenso de cabeza al que no dio demasiada importancia.

El caso es que no sabe cómo se vio de pronto sin sentido, caída ahí, sola, sin que nadie pudiera escuchar un grito, un suspiro, un ay, ni el golpe opaco, ni el sonido de su cráneo como una nuez, como un vaso que no casca, o como un plástico pesado sobre el cuadrado que queda justo en medio de la cocina recién fregada. Fue a dar con la oreja en el mármol inmóvil pero contundente, se le abrió una herida y comenzó a sangrar. Estaba sola. Podía haber muerto ahí, inconsciente, con los hijos lejos, el marido lejos, la nuera y los nietos lejos.

Emilia salió de Emilia en ese preciso contacto brusco con la superficie desgastada, o quizás antes, al desvanecerse, justo en el instante que no llega a un segundo, que son centésimas, donde de pronto alguien que es alguien, que tiene nombre, identidad, memoria, se desvanece como un guiñapo, cae, se golpea, pierde el sentido y se pierde de paso y con todas las consecuencias a sí mismo, porque queda a expensas de los demás, de una ayuda, de una asistencia a tiempo, de la salvación que otros puedan proporcionarle.

Estaba fuera ya Emilia de Emilia cuando la descubrieron no sabe muy bien quién, ni cuándo, tendida en la cocina y llamaron rápidamente a la ambulancia. No hablaba, no miraba. Sangraba detrás del oído. Tardaron tiempo en comprobar que respiraba. Lo justo para que los del hospitalillo la salvaran y la metieran en una unidad camino de urgencias en Valdecilla. Emilia yacía allí tumbada en la camilla, con el oxígeno enchufado a la nariz y los brazos y el corazón amarrados a una máquina que medía sus constantes en mitad de los bamboleos bruscos que producía la conducción. Pero en realidad había salido de su propio cuerpo sin que nadie supiera cuándo, ni cómo, ni siquiera si con certeza iba a volver.

Alrededor se percibía el revuelo mecánico de los enfermeros. Limpios, calculadores, profesionales en su manera de proceder. A veces, salvar vidas es cuestión de una maña muy protocolaria. Si uno se desvía, todo se puede perder. No tiene nada que ver con el heroísmo sino con la precisión. El cuerpo de Emilia respiraba, pero no respondía a ninguna señal de reac-

ción. Era grave. Un infarto cerebral agudo, sospechaban; un hilo que la conectaba con la muerte, temían. Ojalá llegaran a tiempo.

En realidad sólo su organismo podía calibrar el alcance. Sólo ella en su resistente corporeidad podía querer salvarse otra vez. Esperar el momento, tirar de nuevo para adelante. Ya lo había hecho más veces. Aquella mujer que cayó al suelo y dejó volar los lentes, aquella mujer de cabello dorado y ojos de mirada directa y leal, era una superviviente. Había forjado un imperio que dio de comer a un pueblo, había emprendido una forma de ganarse la vida colectiva, plantado la semilla de una reinvencción.

No estaba sola. Aunque durante unos cuarenta y cinco minutos no tuvo a nadie alrededor, no estaba sola. No la custodiaban ese día los gatos a los que alimentaba en la calle, temerosa de que algún malnacido acabara envenenándolos. Tampoco la familia o alguien que le debiera mil favores, cuando no la existencia o el sustento después de emplearles en la fábrica de conservas o en el merendero. Acababa de marcharse su sobrino. Le había llevado esa misma tarde una foto con un montón de latas de sardinas que descubrió con su nombre en el más lujoso supermercado de Berlín. «¿Berlín? ¿Dónde queda?», le había preguntado ella, sin dar demasiada importancia a esa expansión de su marca, con sus conservas, por toda Europa. No eran los vivos quienes la aguardaban, una vez salió su sobrino de casa con tan buenas noticias a las que la mujer, la matriarca de la que todos se sentían orgullosos, no daba más importancia que la justa, entraron otros.

No creía Emilia en la dimensión desatada de su propio nombre más allá del suelo que pudiera pisar. Aunque durante años, ella y los hijos habían recorrido pueblos y pueblos de varias provincias llevando sus anchoas, su bonito en conserva. Pero así era hoy, una mujer que del hambre había pasado a aplacar la necesidad de tantos de los suyos a lo largo de los años dándoles trabajo. Creando riqueza a base de sentido común y algún enfrentamiento con la autoridad obtusa, cuando le negaban los permisos antes de saber que ella revolucionaría el pueblo con la filosofía del trabajo y la inventiva aplicadas a la materia prima que entrara en el puerto y saliera de la lonja cada mañana.

Pero aquel día en que apenas le quedaba tiempo para rendir muchas cuentas, mientras Emilia salía de Emilia, otros entraban a protegerla, otros rondaban su aura, su terreno magnético para no permitirle marchar. No aún, no todavía. Debía darle sentido a todo antes de dejar este mundo. Debía saldar cuentas, volverlos a traer, exorcizarlos, convertirlos en carne viviente, una memoria de tinta, de piedra, de leyenda y no de aire. Una memoria para seguir contando, para seguir gritando, para marcar a fuego en las calles donde una vez se sufrió hambre y abandono, frío y falta de misericordia, desnudez, abuso y brutalidad gratuita. Hacerles volver, consciente del éxito, del empeño recompensado y de lo que después le había deparado la vida, para que otros aprendieran, para que nada hubiera sido en vano: ni el dolor, ni los golpes, ni la violencia, ni la enfermedad sin remedio, ni el odio, ni el silencio, ni finalmente la muerte, que era principio y

fin, fin y principio de una rueda enconada en la absoluta falta de esperanza.

Emilia salía de Emilia. Pero aquellas voces, aquellas presencias la volvían a meter dentro de su cuerpo. Le decían: «Que nuestra desgracia merezca la pena, que no caiga en el olvido. Cuenta quiénes fuimos, que para algo vinimos, que por algo dejamos este mundo como lo dejamos.»

No sabe bien quién daba las indicaciones, quién la guiaba de nuevo hacia adentro, quién devolvió su alma a su cuerpo tendido en esos momentos en que a lo mejor quería salir ya. Quería irse. Pero no le fue permitido el descanso. Puede que Casimiro, puede que Lucrecia, o Leoncio, o Mariuca. Lo más lógico es que fuera Carmina. Puede que todos a la vez la frenaran, la detuvieran. No era el momento. No había llegado su hora. Todavía no.

O también es probable que fuera ella misma. En cierto sentido, ya había salido fuera de sí hacía años. La niña Emilia, la que todo lo veía, la que nada entendía, a la que nadie hablaba, ni acariciaba, ni observaba, ni escuchaba, ni prestaba atención porque ya todo el mundo entonces tenía bastante con ocuparse de sí y de los suyos como para fijarse en otros. La niña Emilia regresaba al cuerpo de aquella mujer con arrugas y cicatrices, aquella mujer soldado con las manos firmes y la voluntad de hierro. De aquella criatura luchadora e invencible que toda su otra vida rezó y se rebeló para no dejarse ganar por el rencor pese a contar con sus razones. Pero cuando nada entiendes, cuando todo carece de sentido, ¿a quién vas a ir a pedirle cuentas?

Con los años, las palabras fueron dando cobijo a las sensaciones, a lo vivido. En estos días presentes y finales de escasez de la abundancia, los más jóvenes, sus hijos, sus nietos, se han criado y se han educado conociendo el significado de las palabras que ella a su edad ignoraba pero sin experimentarlas previamente. Ahora ni sabe tampoco qué quieren decir ciertas cosas que sus descendientes captan mejor y, así, la rueda de la incomprensión sigue dando vueltas sin que sus enigmas acaben jamás por descifrarse.

Ella lo vivió todo antes de saber nombrar las cosas que le iban ocurriendo. Para sus descendientes, el hambre era una plaga lejana en la memoria de algunos o el eco de una noticia con gentes de otro color que apenas interesaba cuando salía de las televisiones a la hora de los telediarios. La Guerra, una retahíla de desgracias con causas deficientemente explicadas en el colegio. La muerte, algo que se daba en los viejos y muy de vez en cuando en algunos chavales, por accidente. La enfermedad, algo curable, ocasional. El dinero, no faltaba. El abuso, algo denunciabile, punible, despreciable. La cárcel, ese lugar que había virado los ejes de su significado hasta algo más lógico: el castigo de los delincuentes... La memoria. La memoria era una música callada que sólo algunos se empeñaban en recordar para que el viento y la ilusión líquida del presente no quedaran amargados por lecciones que jamás debieron haberse pasado por alto.

En cambio, durante los tiempos en que Emilia tuvo que vivir todo aquello, el hambre era la seguridad de un agujero que atravesaba el cuerpo al caer la noche si

el Chacho o Leoncio no conseguían esquivarla con algún robo inocente en las huertas y los gallineros a lo largo del día. La muerte, una sombra real que acontecía a cada paso sin importar las edades. La enfermedad, aquello que volaba por el aire contagiando a unos y a otros y cuyos estragos jugaban caprichosamente con cualquier organismo fuera fuerte o frágil. El dinero, lo que anteriormente sustituía al trueque impuesto por necesidad. El abuso, lo normal, lo que ni siquiera era abuso. La cárcel, aquel lugar adonde no necesariamente iban a parar los canallas sino gente de bien y honrada pero derrotada. Y la memoria, ese torniquete, esa obsesión por no nublar en el recuerdo las imágenes precisas de todo lo acontecido...

Emilia había aplacado y derrotado casi todo el odio con una valentía labrada y surgida a base precisamente de temor en los tiempos de la miseria y la muerte: los tiempos en los que resultaba duro salvarse. Ella lo logró, aunque hoy todavía es el día en que lo duda, que lo teme y que hasta pide perdón. El día en que se pregunta por qué pudo salvarse a sí misma entre todo aquello y no otros. Es difícil el descanso cuando se tiene que llevar esa carga. Cuesta el doble mantener la serenidad.

«Que no nos envíe Dios todo lo que somos capaces de aguantar», le habían escuchado decir tantas veces sus nietos...

Ella, precisamente ella, la más pequeña, la más vulnerable, sobrevivió entonces a todo consciente del misterio que luego la fortaleció, que luego le hizo cada día ganarse el premio de una existencia siempre

incierta. La que quiso vivir sola por todos, sin dejar de sentirlos al lado, sin renunciar a su compañía, hablando con ellos, plantando flores donde cree que pueden estar enterrados sus cuerpos, donde sospecha que descansan anónimamente, sin una inicial clavada en la tierra, ni tallada en piedra, junto a otros huesos de quienes jamás conoceremos los nombres, que fueron tirados en una cuneta, arremolinados bajo la arena cercana a una playa. Solos pero no perdidos porque sus almas habitan en el propio seno de los seres queridos.

Hay días en que Emilia duda haber sobrevivido a su propia existencia y a la dureza de sus recuerdos. Teme haber desaparecido ya para salvar a la otra Emilia, la que vivió después más dignamente, la que hace un momento yacía sobre el mármol y puede haber fallecido definitivamente en el trayecto hacia el hospital. Pero no. Algo le revela su resistencia en el último combate antes de que la indiferencia se trague su propia historia, que no puede sobrevivirle a ella si no lo cuenta. Su historia de derrotas y triunfos, su historia de aprendizaje en el pellejo de sus seres más queridos para revertir la desgracia en virtud a base de un esfuerzo y una inteligencia de instinto aprendidos a base de golpes. Pero lo logrado después, la riqueza, el ánimo, el orgullo, la fiesta, no tenía sentido sin el dolor de quienes cayeron en el camino. Unos fueron cuesta abajo, ella desafió las cumbres. Y fue ganando.

Cada vez, todo se revela difuso en las horas más críticas. La manera en la que durante años, cuando todo pasó, Emilia recuerda que Emilia le ha hecho a

menudo sospechar que vivió y murió en sí misma. No pasa un día ni una noche en que no se haga las mismas preguntas. ¿Era yo aquella niña? ¿Fui yo? La de los ojos negruzcos y tristes, la de los surcos en las mejillas, la de los huesos frágiles como el cristal, la que preguntaba por su madre hasta que dejó de hacerlo, la que no guardó jamás rencor a su padre, la de la raya marcada, las coletas en tensión y el puchero perpetuo. La harapienta, la constantemente asombrada, aquel saco de sarna y piojos que a veces se quitaban sus tías de en medio como a un bicho contagioso. La que comía las sobras, la que no podía dejar de sentir miedo, de sentir pena, de sentir rabia, sin saber qué era el miedo, la pena, la rabia, ¿era yo? ¿O también la muerte vino a buscarme después de que lo ensombreciera todo? ¿O la niña Emilia se fue y volvió a nacer en esta misma vida, en un cuerpo similar, ya crecido, ya de mujer, con otros ojos, más vivos, más claros, más retadores, más descarados, resucitada con otros andares, con otros remangos? Sin temor porque todo ya había pasado y nada podía empeorar más. ¿Cuándo la muerte me devolvió a la vida? ¿Cuántas veces lo ha hecho? ¿Una, dos, tres, siete? ¿Una por cada uno de los que se fueron? ¿Quién soy? Habla. Dime. ¿Quién soy?